

cendiarias de Miranda no habian hallado ningun eco en las provincias. Las costas fueron inundadas de escritos turbulentos; cuantos los encontraban dábanse prisa á presentarlos á las autoridades. Muchas cartas de aquel caudillo infiel que llegaron á penetrar en las correspondencias del comercio, los que las recibieron las trajeron al gobierno, sin temer hacerse sospechosos. De todas partes una misma voz de verdaderos hijos de su antigua madre España: creyendo que el peligro era mas grande de lo que al fin fué visto, cada cual hacia su ofrenda, unos de armas, otros de caballos, estotros de caudales, listos todos con sus personas á la comun defensa. No menos generoso que los pueblos, evitó el gobierno toda medida odiosa y preventiva de las que en tales casos son usadas, fiando mas en el pais que en las fuerzas militares, inútiles del todo en aquel riesgo si se hubiera alzado en masa la Colombia. Cosa difícil de creerse, pero cierta, que no se vió en el pais ni un solo cómplice ni partidario alguno de Miranda, que no hubo ningun preso por aquel motivo de entre los naturales, y que en ninguno se notó una conducta equívoca. Este fué un hecho de que quedan todavía millares de testigos (1).

(1) Es de notar aquí que en ninguna otra parte de la América se habian mostrado tanto en otro tiempo las ideas de libertad é independencía como en la Colombia. Fué precisamente donde se permitió arribar y hacer des-



Podrá alguno preguntar cómo fué aquel arrojó de Miranda á tal empresa sin contar en el pais con el apoyo de un partido; pero él mismo lo dijo á sus amigos: su desengaño vino tarde; tenia empeñada su palabra y le estrechaban á cumplirla sus muchos acreedores. El primero de todos estos era el gobierno inglés que habia hecho el mayor gasto; quiso pasar mas bien por temerario que por tramposo ó por cobarde. Su desaliento fué el mas grande delante de un pais que lo encontraba mudo entera-

canso á los Franceses que acudieron á llevar auxilio á la revolucion de las colonias de Inglaterra; varios jóvenes colombianos, y uno de ellos Miranda, se alistaron entre sus filas, y en el pais quedó un fermento peligroso que no tardó en causar agitaciones y trastornos. Aun habrá algunos que se acuerden de la formidable insurreccion que por el año de 1781 se movió en la provincia de Socorro, por resultas, ni mas ni menos, como en la América del Norte, de un tributo nuevo que se mandó imponer á aquellos habitantes. El conde de Floridablanca, el mismo que habia permitido que hiciesen allí escala los ardorosos voluntarios de la Francia, vengó luego su propio yerro con los durísimos rigores que ordenó contra los pueblos de aquel vasto territorio, despues de sometido, mas bien que por las armas, por la religiosa intervencion del arzobispo de Bogotá. Los resentimientos y las quejas de los Colombianos duraron largo tiempo, y aun bajo Cárlos IV tardaron en gastarse mas de doce años; pero el sistema largo y generoso que se adoptó por punto general y por ligeras graduaciones en todas las Américas, produjo allí tambien el mismo efecto favorable que en

mente. No pusieron pie en tierra sino algunos de sus oficiales y soldados que intentaron sorprender en las tinieblas de la noche la fortaleza de Ocumare: sin dispararse un solo tiro cayeron todos prisioneros. Debían seguirles los demas y se aprestaba el desembarque, cuando dos bajeles nuestros, el *Argos* y el *Zeloso*, rodearon las dos corbetas enemigas y se hicieron dueños de ellas. Miranda huyó en el *San Leandro* sin detenerse á recoger á muchos desdichados que se arrojaron á las olas por salvarse.

los otros vireinatos. La adhesion y la lealtad de los dominios de ultramar á su metrópoli tomó otra nueva vida, fue sincera y se hizo igual en todas partes como nunca se habia visto. Y diré aquí por incidencia á los que temen la instruccion y los progresos de las luces, que la entrada juiciosa y razonable que se les dió en mi tiempo en aquellas regiones, donde la ciencia fué tratada por tres siglos con mas rigor que el contrabando y que la peste, ayudó á procurarnos la leal correspondencia y la fidelidad de que ofrecieron tantos rasgos, no comunes, sino heróicos, en los dias de Cárlos IV. Los pueblos ignorantes soportarán el yugo mas ó menos tiempo mientras que nadie los agite; pero ningunos mas inciertos, mas desleales y temibles si hay quien les dé un impulso para rebelarse. No fué en verdad la ilustracion la que hizo alzarse las Américas mas tarde; fué la mala política, fué el no saber tratarlas como las habia tratado Cárlos IV; fué sobre todo la opresion y la bárbara esclavitud á que quisieron obligarlas los que rigieron y mandaron bajo el rey Fernando VII. Hasta entonces no consiguieron los ingleses rebelarlas. Cuanto hicieron, cuanto movieron y gastaron en mi tiempo por lograrlo, fué perdido.

La goleta inglesa habia ya huido desde el principio del combate.

Tan infeliz ensayo no bastó á corregir al temerario aventurero. Refugiado en la Trinidad, aumentó su malicia, y el gobierno inglés le proveyó no tan solo de dinero, mas de fuerzas navales respetables para aquellos mares, dos fragatas de guerra, una corbeta, tres bergantines, dos goletas y algunos barcos de transporte. Este armamento estuvo listo en fin de julio, y apareció á lo largo de las costas colombianas amenazando varios puntos y llevado y traído muchas veces con soberbio alarde de un extremo á otro para incitar los pueblos; la postrera esperanza de Miranda, que los juzgó acallados por la fuerza y creyó alentarlos y moverlos haciendo una gran muestra de las suyas. Su primera tentativa fué la de apoderarse de la Margarita, establecer en ella su arsenal y asegurar en aquel punto su plan de operaciones. Rechazado dos veces de la isla sin poder hacer el desembarco, osó en fin aventurar su golpe en Coro, en donde, distraidas nuestras fuerzas á otras partes que se habian creído mas amenazadas, logró desembarcar y echar en tierra unos seiscientos hombres. Todos los principales habitantes, sin que ninguno lo mandase, se internaron de su propio acuerdo. El comandante de aquel puerto se apostó y atrincheróse como á una legua de distancia mientras llegaban nuevas fuerzas: tardaron éstas en llegar unos seis dias. Miranda no pasó mas

adelante; esperaba tener noticias de otro ataque simultáneo que ordenó hacer sobre la Guaira: este ataque no llegó á hacerse; no hubo quien se arriesgase á practicarlo á ciencia cierta de perderse. Mientras tanto cargaron tropas sobre Coro, y despues de un combate en que perdió Miranda doscientos de los suyos, se vió obligado á reembarcarse y dió de mano á sus designios. Sin que el pais se hubiese alzado, era imposible realizarlos. Su postter desengaño lo vió en Coro; ni un solo hombre de la plebe quiso agregarse á su bandera. Oro, proclamas y promesas, todo fué empleado inútilmente. Desde el Orinoco al golfo Darien, en donde quiera que probó á entablar sus relaciones, no halló quien respondiese á su llamada (1).

Por este mismo tiempo con poca diferencia, los ingleses, con menos fuerzas que Miranda, pero con mas ingenio y osadía, lograron sorprender á Buenos-Aires, por el descuido en un principio, y despues por cegacion y aturdimiento del virey marques de Sobremonte. Los ingleses consiguieron esparcir y acreditar la voz de que venian en número de seis

(1) El capitan general que mandaba entonces la provincia de Venezuela era el mariscal de campo don Manuel de Guevara Vasconcelos; el gobernador de la Margarita, el coronel don Miguel de Herrera; el comandante de la Guaira, el coronel don José Vazquez, y el de Coro, el coronel don José Franco.

mil hombres; la multitud de velas y de barcos de transporte que se mostraron en el rio contribuyeron á este engaño. Junto á esto sus estudiadas manio- bras, una reparticion que aparentaron de sus bu- ques en cuatro divisiones, y los diversos giros que tomaron, dieron lugar á hacer creer que medita- ban un ataque simultáneo en la Ensenada de Barra- gan, en las Balisas, en la punta de los Olivos y en las Conchas. Preocupóse el virey, y dividió sus fuer- zas malamente sin concebir ni sospechar el plan del enemigo. Realizado el primer ataque en la Ense- nada y rechazados los ingleses de aquel punto, al amanecer del dia siguiente invadieron la punta de los Quilmes, en donde menos se aguardaban, y en menos de dos dias fué ocupada la ciudad por mil seiscientos hombres, fuerza total del enemigo, en vez de seis mil hombres que se pensó tener encima. Aun creyéndolo así, aquellos habitantes habian pe- dido armas para defenderse; pero el virey no quiso ni lo creyó posible, porque no supo calcular como debiera el patriotismo de aquellos naturales. Pare- cióle mejor partir á lo interior y reunir un buen ejército. Capituló la fortaleza en 28 de junio, y el virey se fué á Córdoba.

No logró empero el enemigo sostenerse en Bue- nos-Aires sino un mes y algunos dias. Los habitan- tes indignados buscaban un caudillo para alzarse y sacudir el yugo de aquel puñado de extranjeros. Muchos se presentaron y les ofrecieron dirigirlos.

Fué preferido un oficial de la marina real, D. Santiago Liniers, sugeto conocido en la provincia por su valor, por su prudencia, por su lealtad y sus talentos militares (1). Este oficial, que en la Ensenada habia hecho frente á los Ingleses con feliz suceso, penetró en la ciudad con trage de paisano cuando se encontraba ya rendida, disuadió á los patricios de tentar el alzamiento sin contar con un apoyo de fuerzas militares bien disciplinadas, les prometió reunir las, y partió á Montevideo. El comandante de aquel puerto, D. Pascual Ruiz Huidobro, preparaba ya una expedicion de dos mil hombres para recobrar á Buenos-Aires, cuando llegó Liniers y se ofreció á librar la capital con tan solo seiscientos hombres de tropas escogidas, con los marinos y artilleros que él mandaba en aquel puerto, y con los buques que tenia ya armados Ruiz Huidobro para aquella empresa. Díjole que era expuesto desprenderse de mas gente, porque habia oido en el camino que los Ingleses aguardaban un refuerzo y que

(1) En algunas relaciones de los sucesos de Buenos-Aires, se ha dicho que Liniers era un frances aventurero. No era sino Español, aunque de origen frances. Su carrera militar la comenzó, por el año de 1775, en calidad de guardia marina. Se habia encontrado en las principales expediciones de su tiempo, era caballero de la órden de san Juan, habia subido hasta el grado de capitán de navío, y era á la sazón comandante general de las fuerzas sutiles en el puerto de Montevideo.

intentaban atacar aquella plaza aun con mayor empeño que la capital del vireinato. Tenian aquellos á la vista tres navíos, una fragata, dos bergantines, dos ó tres bombardas y diez lanchas cañoneras.

A ningun otro que á Liniers habria fiado el comandante Huidobro aquella empresa. Le conocia por experiencia, y le hizo dueño de ella. Dióle á escoger su tropa y mandó partir á la Colonia del Sacramento cuatro zumacas, dos goletas, seis cañoneras y diez buques de transporte. Esta escuadrilla, puesta al mando del excelente capitán don Juan Gutierrez de la Concha, burló el crucero de los enemigos y arribó á la Colonia felizmente. Liniers llegó por tierra al mismo punto superando estorbos increíbles que ofrecian las lluvias, desbordados los rios y rebosando los pantanos. Reforzó allí sus tropas con cien hombres de las milicias del país, y en la noche del 3 de agosto dió á la vela, amaneció en las Conchas y en menos de una hora desembarcó su gente. De allí, de puesto en puesto, desalojando siempre las guerrillas enemigas, llegó el 10 hasta los *Mataderos del Miserere* siendo un continuo triunfo su camino. Sus excelentes artilleros ahuyentaron las lanchas que hacian fuego desde las Babilias, y aun el mismo Liniers quiso apuntar á una fragata y tuvo tal acierto, que le cortó la pena de mesana y la bandera inglesa cayó al agua, feliz agüero para nuestras tropas que proclamaron su victoria desde aquel instante. Inmediato yá á la ciudad, or-

denó Liniers su plan de ataque, hizo una intimación al comandante inglés Carr-Beresford que habia contado los soldados españoles desde el fuerte, y que creyendo suyo el triunfo la desechó con arrogancia. La mitad de sus tropas hacian frente en el Retiro, la otra mitad la repartió en las azoteas y en las calles y las plazas bien atrincheradas. Tomar las baterías y apoderarse nuestra gente del Retiro fué un instante. Al fuego de metralla que hacian nuestros obuses desparramóse el enemigo y huyó cobardemente á la ciudad, dejando en poder nuestro todos los almacenes y repuestos que custodiaba en aquel punto. Dos dias despues, el 12, todo bien preparado, se realizó la entrada en la ciudad á viva fuerza; los paisanos armados que seguian detras de nuestras tropas y acudian por millares, conducian ellos mismos los cañones, é introducian las armas en las casas no ocupadas: vióse á un tiempo asaltado el enemigo por los que venian de afuera y los que estaban dentro donde cada habitante fué un soldado. Cuatrocientos ingleses quedaron en las calles y en las casas entre muertos y heridos. Los demas, refugiados en el fuerte, pretendieron hacerse firmes un instante, mas oian pedir á gritos el asalto y veian prepararse las escalas y apiñarse el pueblo en masa, Beresford no osó mandar tirar y enarboló bandera blanca. *Al asalto! al asalto!* gritaban todavia las turbas populares sin que ni Liniers mismo fuese parte á contenerlas, ni ellas tuviesen cuenta del

riesgo que corrian si el general ingles mandara disparar las baterías. ¿Mas cómo lo habria osado? La poblacion entera marchaba contra el fuerte, el rebato sonaba en todas las iglesias, y de afuera de la ciudad llovía mas gente todavía, armado todo el mundo. Beresford tiró su espada desde las almenas y hacia entender con toda suerte de señales que queria entregarse. *La bandera española! la bandera española!* gritaba todavía la innumerable muchedumbre; y la querida insignia castellana fue al momento izada en los cuatro baluartes. El furor popular comenzó entonces á aplacarse, y á los clamores de la ira y á los terribles golpes del rebato, se sucedieron luego las aclamaciones, las músicas marciales, los repiques y las salvas. El general ingles se entregó á discrecion, mil y doscientos hombres quedaron prisioneros: los géneros ingleses introducidos en la plaza mientras se halló ocupada, fueron todos confiscados. Nuestro botin y nuestras presas, confesadas por los ingleses en sus papeles públicos, ascendieron á tres millones y algo mas de pesos fuertes. De las contribuciones que impusieron se rescató una parte. Cuanto no estaba ya embarcado de los fondos que tomaron de las arcas reales y de la plata que robaron, nos fué tambien devuelto. Contaré en fin lo que fué publico y los ingleses mismos admirados refirieron, que durante la ocupacion no vendieron ni un hilacho en la feria que abrieron de sus géneros, no habiendo habido quien

comprase, aun ofrecidos á vil precio: tal era el patriotismo de aquellos habitantes (1)!

La conquista de Buenos-Aires se comenzaba á celebrar en Inglaterra con alborozo universal de los tres reinos, cuando llegó la triste nueva de su pérdida. El ministerio ingles, que poco antes recibia y aceptaba los parabienes generales y se habia apre-

(1) Debo añadir en este lugar que la rendicion del fuerte fué anunciada en Inglaterra como el resultado de una capitulacion honrosa ajustada con el comandante Liniers. Los ingleses no decian verdad en esto, y sin embargo no mentian, porque nuestro generoso marino, aun rendido á discrecion el enemigo, quiso cubrir el honor del general Beresford, á cuyo fin mandó hacer los honores de la guerra á la guarnicion inglesa, y ocho dias despues de rendida tuvo la condescendencia de hacer extender y figurar un acto de capitulacion, con cuyo documento quedase mejor puesta la reputacion de aquel general cerca de su gobierno. Para obrar asi tuvo Liniers en consideracion aquella especie de cordura que mostró Beresford absteniéndose de hacer fuego, cuando, izada y desatendida la bandera blanca, se agolpó la muchedumbre y llegó hasta el rastrillo intentando el asalto. El general ingles cumplió despues muy mal quebrantando su palabra de honor bajo la cual fué dejado en libertad en Buenos-Aires, y de donde fué forzoso retirarle poco tiempo despues por la zizaña sediciosa con que se atrevió á tentar la fidelidad de aquellos habitantes. Internado á Lujan, poco distante de la capital, se fugó de allí con el coronel Pack, esparciendo la especie para justificarse de que la capitulacion habia sido violada, y calumniando con mil falsedades la conducta de su bienhechor Liniers.

surado á enviar refuerzos á aquel punto para conservarlo, por una inconsecuencia muy frecuente en los que mandan, pretendió lavar sus manos acusando á Popham de haber acometido aquella empresa voluntariamente, sin tener orden para ella y posponiendo otros encargos diferentes que el almirantazgo le habia hecho (1). No obstante esto, aquel mismo ministerio que pretendida apartar de sí por aquel modo la vergüenza de la humillacion sufrida en Buenos-Aires, tomó luego con mayor empeño, á cuenta y nombre suyo, redimir aquella afrenta y comenzar de nuevo la grande empresa malograda.

(1) Sir Home Popham fué con efecto puesto en juicio ante la cámara de guerra en 6 de marzo de 1807. Su defensa puso en claro los encargos que le habia hecho Mr. Pitt en los términos que fueron referidos mas arriba, y la combinacion que aprobó aquel ministro de las dos expediciones, en cuanto al tiempo y los medios de ellas, la una sobre Tierrafirme y la otra sobre las provincias de la Plata. Sus testigos fueron lord Melville, lord Barmham, Mr. Sturges Bourne, secretario de la tesoreria en tiempo de Mr. Pitt, Mr. Huskisson y diferentes otros sujetos que intervinieron en la invencion de planes y medidas que se discurrieron y adoptaron para sublevar la América del Sud y arrancarla á su metrópoli. Aun sin estos testimonios habrian bastado para prueba diferentes manufacturas de estofas fabricadas en Londres, que fueron aprehendidas en Buenos-Aires y en Coro, en cuyas pinturas, emblemas é inscripciones se encontraba una patente demostracion de la identidad de miras y del perfecto acuerdo que reinaba en las expediciones de Popham y

Pocos asuntos tomó por aquel tiempo tan á pechos la Inglaterra, como la conquista entera de las provincias de la Plata. A las fuerzas navales que habia mandado sir Home Popham, se habian juntado en pocos meses las que fueron enviadas sucesivamente de los puertos ingleses, puestas al cargo del almirante Stirling, las que se añadieron y llegaron del Cabo de Buena-Esperanza, y las que se hicieron venir de Santa-Helena comandadas por el almirante Muray, á quien, hecha la reunion de todas ellas, fué cometido el mando en gefe. El ejército de operaciones con que debia invadirse el vireinato, sin exceder en esta cuenta las relaciones mismas oficia-

de Miranda. Citaré aquí solamente la composicion de un gran pañuelo que fué enviado á nuestra corte para muestra. Tenia estampados en los cuatro ángulos los retratos de sir Home Popham, del mayor general Beresford, de Washington, y de Miranda. En el centro se veia el de Cristobal Colon rodeado de insignias navales y quitando de una columna las armas de Castilla. De su boca salia este mote: *Alba del dia de la América meridional*. En los cuarteles interiores se representaba la Inglaterra rompiendo las cadenas de la América, y á sus pies un leon desfallecido; un puerto lleno de naos empavesadas de todas las naciones, la diosa de la libertad con todos sus atributos, y Astrea escribiendo una constitucion americana. En las orlas se contenian las siguientes inscripciones: *No es conquista, sino union.* — *Religion y sus santos ministros protegidos.* — *Personas, conciencias y comercio libres.*

les que publicaron los ingleses, llegó á tener quince mil hombres. La Colonia del Sacramento fué ocupada fácilmente. Montevideo, despues de cuatro meses de bloqueo y de ataques obstinados de la una y otra parte, asi por mar como por tierra, resistió dos asaltos, y en febrero de 1807 sucumbió al tercero. Dueños enteramente los ingleses de la orilla izquierda y dominando el rio con mas de ochenta velas, aun se tardaron cuatro meses en disponer su ataque contra Buenos-Aires. Probaron con el oro, con amenazas, con promesas y con alardes ostentosos á corromper ó á quebrantar los ánimos. Pero fué en vano: soldados y habitantes juraron morir todos primero que entregarse al enemigo. Liniers habia reunido diez mil hombres entre tropas veteranas, milicias del pais disciplinadas, y cuerpos voluntarios que llegaron de las provincias interiores (1). La defensa de la ciudad fué concertada de tal modo, que aunque acometiesen los ingleses con fuerzas triplicadas de las que habian juntado, se es-

(1) En este número deben contarse tres mil hombres que el virey dirigió desde Córdoba donde se hallaba enfermo, ó fingió estarlo por temor de hallar una mala acogida en la ciudad que habia desamparado en la anterior tentativa de los ingleses. Juntamente con aquel refuerzo envió plenas facultades á Liniers para proseguir en el mando de las tropas y de toda la provincia, en lo cual no hizo otra cosa que confirmar la voluntad decidida del pais hácia su héroe libertador.

trellasen contra ella. Estos pensaron de otro modo y dispusieron el ataque en fin de junio. He aquí las fuerzas que llevaron casi cantando la victoria:

Los regimientos 5º, 38º, y 87º de infantería al mando del brigadier general sir Samuel Auchmuty;

Ocho compañías del regimiento 95º, y otras nueve de infantería ligera, al del brigadier general Crawford;

Todos los dragones desmontados, y cinco compañías de infantería ligera, al del coronel Lloyd;

Cuatro escuadrones del 6º de guardias dragones, el 9º de dragones ligeros, y los regimientos 40º y 45º de infantería, al del coronel Mahon;

El 17º de dragones ligeros, y el 36º y 88º de infantería, al del brigadier general Guillermo Lumley;

Cuatro escuadrones de carabineros, al del teniente coronel Kingston;

Tres brigadas de artillería ligera al mando del capitán Fraser;

Cuatrocientos cuarenta artilleros de marina con los trenes correspondientes, al mando de los capitanes Rowley, Prevost y Joycer;

Un cuerpo de reserva de marineros y tropas sueltas de marina para auxiliar el desembarco, al mando del capitán Bayntun.

Toda esta gente fué desembarcada el 25 de junio en la Ensenada de Barragan bajo el amparo de la numerosa flota que dirigió y mandó en persona el almirante Jorge Murray, asistido de los capitanes y

comandantes del navío el *Sarraceno*, y de las fragatas, bergantines y zumacas, la *Medusa*, la *Tisbe* el *Staunch*, el *Protector*, el *Fly*, el *Faisan*, el *Hau-ghty*, la *Rolla*, el *Reasonable*, el *Flying-Fish*, el *Encounter*, la *Olimpia*, etc. «Era de ver, decian las relaciones, el lujo de bajeles, de lanchas cañone- ras y barcos de trasporte que desplegaron los in- gleses en el rio. Tal parecia á lo lejos en un espa- cio dilatado como una larga selva blanqueada por las nieves y mecida por los vientos. Las naves ene- migas aquí subian, allí bajaban, amenazando á un mismo tiempo todos los lugares accesibles. Se conocia el empeño porfiado de atraernos á la ribe- ra, abandonada por nosotros de propósito, de pe- lear bajo el amparo de sus naves, de quebrantar allí nuestros soldados, de asombrar la ciudad y conseguir su rendimiento sin arriesgarse al duro trance de embestirla. Pero lejos de intimidarse, al mucho aliento que le daba su confianza en el ejér- cito, juntaba el suyo propio la ciudad heroica, en donde nadie estaba ocioso, en donde todos tenian armas y un abundante acopio de material de guer- ra, donde necesitaba el enemigo empeñar un asalto en cada casa y un batallon en cada calle, donde entre tanta gente no habia mas interes ni mas par- tido que la patria, y donde el grito general de sol- dados y paisanos no era otro que *España* y la *Vic- toria*. »

Vióse pues obligado el enemigo á pelear sin el

amparo de sus naos y á retirarse de ellas, á las que no debía volver sino vencido y humillado. Cuatro dias tardó en llegar hasta los Quilmes sin hallar mas obstáculos que los pantanos, las cortaduras y albardones que ofrecia aquel suelo cenagoso. Venia en número de diez mil hombres; el general John Whitelock á su cabeza: la columna de la derecha bajo el mando del mayor general Leveson Gonver; la de la izquierda, comandada por el general Auchmuty, y el centro puesto á cargo del general Craufurd. Una columna de reserva bajo el mando del general Lumley seguia de lejos al ejército.

Liniers, dejada en la ciudad la fuerza necesaria y el cuerpo de ingenieros para auxiliar y dirigir al vecindario armado, estableció su posicion con el grueso de sus tropas á la derecha del Riachuelo junto al puente de Barracas, punto casi forzoso y natural que debía buscar el enemigo para seguir á la ciudad, á no esguazar el rio y seguir un camino muy difícil por la izquierda para poder llevar la artillería. La total fuerza de Liniers en aquel punto era de ocho mil hombres, seis mil de estos en la línea de defensa, y otros dos mil en dos columnas de reserva. Su ala derecha la mandaba el coronel don César Salviani, la izquierda el de igual clase gobernador del Paraguay don Bernardo de Velasco; el centro estaba al mando del coronel comandante de la campaña de Montevideo don Francisco Javier Elío, y la reserva al cargo del capitán de

navío gobernador de Córdoba don Juan Gutierrez de la Concha, nombres todos que se ilustraron en aquella defensa memorable (1).

La ventajosa posicion que Liniers habia elegido y la engañosa formacion con que ordenó sus tropas, le daban la esperanza casi cierta de envolver al enemigo y derrotarle si éste aceptaba la batalla; pero el general ingles torció camino, aceleró su marcha fingiendo retirarse, y puesto ya en seguro, osó esguazar el rio por un vado peligroso llevando dos columnas á la orilla izquierda, y dejada la otra y

(1) He aquí los de los varios cuerpos que se encontraron en ella:

El regimiento de infantería de Buenos-Aires;

El de dragones, *id.*;

La compañía de granaderos provinciales, *id.*;

Los tercios españoles, de cantabros, vizcainos, gallegos, arribeños, catalanes y andaluces, compuestos todos de tropas veteranas, que por una dichosa prevision habia yo hecho formar y partir á las provincias de la Plata por el año de 1804;

Los cuerpos de Blandengues de Buenos-Aires y de Montevideo;

El escuadron de carabineros de Carlos IV;

Los tres escuadrones de húsares de Pueyredon;

El de cazadores;

El de miqueletes;

El regimiento de voluntarios á caballo de Buenos-Aires;

El de voluntarios *id.*; de la frontera;

El de voluntarios *id.*; de la Colonia;

El de voluntarios *id.*; de Maldonado;

la reserva en la derecha, con designio mas bien de entretener y divertir á nuestro ejército, que de empeñar un choque con fuerzas desiguales, mientras Liniers no retirase, como era necesario que lo hiciese, la mitad por lo menos de las suyas para acudir á la ciudad á donde Whitelock guiaba con sus dos columnas por la izquierda. Obligado de esta manera, cual se encontró Liniers, á dar alcance al enemigo, dejó en el puente un trozo de su ejército que hiciese cara á los Ingleses por aquella parte, y partió en derechura con el resto de sus tropas á adelantarse á Whitelock. Los dos llegaron casi á un mismo tiempo junto á los Mataderos, y se trabó un combate en que uno y otro se hicieron mucho daño, y en que Liniers no fué enteramente dichoso. La noche vino á separarlos con tormenta y lluvia. La division del puente, despues de rechazado el enemi-

-
- El de voluntarios *id.*, ; de Corrientes;
 - El batallon de provinciales de Santa-Cruz de la Sierra;
 - El cuerpo de la real marina;
 - El cuerpo de patricios;
 - El de artillería veterana y urbanos del mismo cuerpo;
 - El de patriotas de la Union, agregados á la artillería;
 - El de labradores voluntarios;
 - La real maestranza;
 - El batallon de naturales pardos y morenos, agregado á la artillería;
 - Y el batallon de infantería de igual clase de pardos y morenos.

go por dos veces, no encontrando á Liniers aquella noche y creyéndole en la ciudad, penetró dentro sin estorbo; pero Liniers estaba fuera. Un momento de confusion en que la oscuridad tenia casi mezclados los dos campos, dió lugar á que sus tropas le juzgasen prisionero ó muerto, y en tal estado el coronel Velasco repartiólas con gran trabajo en los diversos puntos exteriores que importaban mas á la defensa. Liniers pasó la noche solo: por evitar una patrulla de enemigos de entre muchas que batian el campo recogiendo á sus dispersos, dió de espuelas á su caballo, y vagando por fuera de camino en las tinieblas, tomó asilo en una quinta donde pasó una parte de la noche, *noche la mas amarga de su vida*, como él escribió luego en uno de sus partes. Antes que fuese dia, mas despejado el cielo, partió á la Chacarita de los Colegiales, encontró ya reunidos todos los cuerpos del ejército, y la ciudad entera, en donde nadie habia dormido, puesta en armas y apercebida á la defensa.

Dos dias tardó el inglés en preparar su ataque mientras que recibia otro cuerpo de reserva de hasta unos dos mil hombres que aun quedaban en el rio para acudir en un extremo. Durante estos dos dias, nuestras partidas de guerrilla y los valientes tiradores catalanes hicieron mucho mal á los ingleses, pero sin empeñar ningun combate porfiado que empobreciese nuestras fuerzas. En esto era el dia 5, cuando al rayar del alba comenzó el enemigo su em-

bestida con el completo de sus fuerzas. Desde aquí dejaré hablar al general britano, que refiriendo su desastre y nuestra gloria, será mejor creído.

«La disposicion, decia en su parte al ministro
»ingles Windham, con que ordené el ejército aten-
»dida la circunstancia de hallarse la ciudad y los
»suburbios repartidos en manzanas cuadradas de
»ciento y cuarenta varas por cada frente, y la certe-
»za de que el enemigo pensaba ocupar las azoteas
»de las casas, me decidieron á formar el plan de
»ataque siguiente :

«Al brigadier general sir Samuel Auchmuty le
»mandé destacar el regimiento 38.^o para apoderarse
»de la plaza de toros y terreno adyacente: los regi-
»mientos 87.^o 5.^o 36.^o y 88.^o se dividieron en alas, y
»mandé á cada una que penetrase por las respectivas
»calles, en frente de las cuales fueron puestas. El
»batallon ligero se dividió lo mismo en alas, y or-
»dené que cada una, seguida por otra igual del re-
»gimiento 95.^o y un cañon de á tres, entrase por
»las calles á derecha de la del centro, mientras al
»propio tiempo el regimiento 45.^o atacaria las de la
»izquierda y seguiria á la *Residencia* á tomar puesto.
»En la calle del centro se pusieron dos cañones de á
»seis que debian ser cubiertos por los carabineros y
»por tres escuadrones del regimiento 9.^o de dragones
»ligeros, quedando los restantes de reserva al mismo
»centro. A cada division se le mandó marchar en
»hileras directas y seguir hasta llegar á la última

» manzana de casas inmediata al rio de la Plata, apo-
» derarse de ella, y formarse en las azoteas mientras
» no recibiesen otra órden. Al regimiento 95^o se le
» señalaron dos de las situaciones mas altas donde
» pudiese dominar al enemigo. Cada columna debia
» llevar dos cabos con sus hachas para romper las
» puertas. El cañoneo en el centro debia ser la señal
» para que todas avanzasen, sin hacer fuego, de
» corrida, hasta tomar sus puestos y formarse en
» ellos.

« Bajo este plan de operaciones el regimiento
» 38^o y el 87^o se acercaron al puesto fuerte del *Reti-*
» *ro*, y despues del ataque mas vigoroso, en que pa-
» decieron mucho estos regimientos por la metralla
» y fusilería, su valeroso comandante sir Samuel
» Auchmuty se apoderó del puesto, tomando treinta
» y seis cañones, gran cantidad de municiones y
» seiscientos prisioneros (1). El regimiento 5^o, ha-

(1) Este ataque del Retiro ocupó al enemigo tres horas y cuarto, y fué horriblemente sangriento de entrambas partes. El general ingles exagera el número de prisioneros; fueron doscientos solamente, aunque mayor el número de muertos y heridos que se acercó á trescientos. Uno de los heridos fué el valeroso comandante don Juan Gutierrez de la Concha que mandaba en gefe en aquel puesto. Nos tomaron la artillería, pero clavada la mas de ella. En cuanto á municiones, fuera de alguna pólvora que aun quedaba en los repuestos, no pudieron tomarlas de ninguna otra especie, porque estaban consumidas, única razon por la cual no pudo hacerse mas defensa.

»llando poca resistencia , avanzó hácia el rio y ocu-
»pó la iglesia y el convento de *Santa Catalina*; pe-
»ro los regimientos 36º y 88º, al mando del briga-
»dier general Lumley, tuvieron que sufrir desde
»un principio un fuego vivo y sostenido de fusile-
»ría de los tejados y ventanas de las casas, las puer-
»tas barreadas de tal suerte que se acercaba á lo
»imposible derribarlas ó romperlas. Las calles es-
»taban cortadas por fosos profundos, y en su inte-
»rior habia cañones que llovian metralla sobre las
»columnas que avanzaban. Y sin embargo el regi-
»miento 36º pudo llegar á su destino, pero el 88º
»fué enteramente roto y hecho prisionero. Halláu-
»dose así expuesto el flanco del 36º, éste y el 5º
»se vieron obligados á dejar sus posiciones y reti-
»rarse al puesto de sir Samuel Auchmuty, distin-
»guiéndose mucho en la arriesgada marcha que to-
»maron el teniente coronel Burne y la compañía de
»granaderos, acometiendo un cuerpo de ochocien-
»tos enemigos, y tomando y clavando dos cañones
»de una de las calles.

« Los cañones de á seis que iban por las calles
»del centro, encontraron un fuego muy superior.
»El teniente coronel Kingston que marchaba á to-
»mar ó á destruir la batería enemiga, fué herido
»juntamente con el capitan Burrel que le seguia
»en el mando. Abrasados por todos lados los cuatro
»escuadrones de carabineros, abandonaron el em-
»peño temerario en que se hallaban, avanzaron en

» otras direcciones, y tomaron posiciones mas seguras contra el enemigo.

« La division izquierda del brigadier general Craufurd, al mando del teniente coronel Pack, pasó por cerca del rio, y torciendo á la izquierda, probó hacerse dueña del *Colegio de los Jesuitas*, situacion que le habria dado un gran dominio sobre la línea principal del enemigo. Pero el fuego destructor que le hacia ésta le impidió su proyecto; tuvo que sufrir una gran pérdida y que rendirse al fin la mayor parte. El resto de ella, mal herido su comandante y sufriendo un fuego horrible, consiguió incorporarse con la division de la derecha que mandaba el general Craufurd. Este logró tomar el convento de *Santo Domingo* con la intencion de avanzar al de los franciscanos, inmediato al fuerte, y sostenerse allí ventajosamente mientras arreciasen los combates que redoblaba el enemigo por aquella parte. El regimiento 45^o hallándose mas lejos y con menos oposicion, pudo ocupar la *Residencia*. Dejada allí la fuerza necesaria para la guarda de aquel punto, partió luego el teniente coronel Guard con una compañía de granaderos para auxiliar al general Craufurd que se encontraba en gran peligro, enteramente rodeado. Reunióse á Guard el mayor Trotter (oficial de gran mérito) que venia á dar socorro al mismo tiempo al general Craufurd con una poca infantería ligera; mas trabado en la calle un gran combate por

» el empeño que tomaron las tropas españolas de
» quitarnos un cañon de á tres, murieron Guard y
» Trotter en aquel sangriento encuentro, si bien el
» cañon fué salvado. El brigadier general se vió con
» esto precisado á defenderse en el convento, donde
» hacia un fuego sostenido; pero la cantidad de ba-
» las, metralla y fusilería que llovía sobre sus tro-
» pas, le obligaron á dejar lo alto de aquel edificio.
» Llegaba en tanto el enemigo en número de seis
» mil hombres, se acercó con cañones para forzar
» las puertas, y faltó ya Craufurd de toda suerte de
» comunicacion con las demas columnas, y juzgan-
» do por la cesacion del fuego que las que estaban
» cerca de él no habian tenido mejor fortuna, se
» rindió á las cuatro de la tarde.

« El resultado de la accion de este dia me ha-
» bia dejado en posesion de la *Plaza de toros*, pues-
» to fuerte á la derecha del enemigo, y de la *Resi-*
» *dencia*, que era otro puesto fuerte á su izquierda,
» yo ocupaba tambien una posicion avanzada por de-
» lante de su centro; pero estas únicas ventajas ha-
» bian costado ya dos mil quinientos hombres entre
» muertos, heridos y prisioneros (1). El fuego que
» habian sufrido las tropas fué violento en extremo.

(1) Segun las relaciones de Liniers el número de in-
gleses muertos ó heridos se acercó á dos mil hombres. El
de prisioneros fué algo mas de dos mil, entre ellos ciento
y cinco oficiales y el general Craufurd con cinco coroneles.

» *Metralla en las esquinas de todas las calles, fusile-
» ría , granadas de mano , ladrillos , losas y cantos
» de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el fu-
» ror y la defensa halló bueno para ofendernos, otro
» tanto habian tenido que sufrir nuestras hileras don-
» de quiera que dirigian sus pasos. Cada propietario
» con sus negros defendia su habitacion ; tantas ca-
» sas como habia eran otras tantas fortalezas, sin
» que sea ponderacion afirmar que no habia en Bue-
» nos-Aires un solo hombre que no estuviese emplea-
» do en la defensa.*

« Tal era la situacion del ejército en la mañana
» del 6 , cuando el general Liniers me dirigió una
» carta, ofreciéndome entregar todos los prisioneros
» hechos en la pasada accion , con mas el regimien-
» to 75^o y demas cogidos al general Beresford , con
» tal que desistiese ya de atacar la ciudad y convi-
» niese en retirar las fuerzas de S. M. del Rio de la
» Plata, advirtiéndome al mismo tiempo que la exas-
» peracion del populacho no le permitia responder
» de la seguridad de los prisioneros si yo persistia en
» obrar ofensivamente. Movidó por esta considera-
» cion (que por conducto mas seguro sabia ser fun-
» dada) y *reflexionando el poco fruto que podria
» resultar de la posesion de un pais cuyos habi-
» tantes nos odian mortalmente*, resolví abandonar
» las ventajas que habia conseguido la valentía de
» mis tropas, y accedí al tratado adjunto, que confio
» obtendrá la aprobacion de S. M.

» Nada me queda que añadir, excepto la alaban-
» za de la conducta del almirante Murray, que con-
» tribuyó constantemente con el mayor esfuerzo al
» buen éxito de las operaciones del ejército. El capi-
» tan Rowley, de la real marina, comandante de
» los marineros en tierra, el capitán Bayntun, del
» navío de S. M. el *Africa*, que dirigió el desem-
» barco, y el capitán Thompson, del *Fly*, que man-
» dó las lanchas cañoneras, y que además había con-
» traído un mérito muy señalado en el reconoci-
» miento del río, todos merecen mis más expresivas
» gracias. (*Siguen otros elogios de varios oficiales.*)
» Tengo el honor, etc. — John Whitelock, teniente
» general. »

Igual fué la carta del almirante Murray al secretario del almirantazgo Guillermo Marsden, en la cual, después de referir todos los medios que puso en obra para el buen éxito del desembarco y del ataque, continuaba como sigue:

« En aquella misma tarde (del 5) recibí una
» carta del capitán Thompson, con la noticia de que
» nuestro ataque al O. de la ciudad se había desgra-
» ciado, que el general Craufurd con toda su bri-
» gada había caído prisionero, que se había pedido
» y obtenido una tregua, y que se necesitaban más
» trasportes por si llegaba el extremo de que fuese
» necesario reembarcar las tropas. Luego inmediata-
» mente envié orden á la *Medusa* y al *Sarraceno*,
» que se habían quedado en Barragan, para que vi-

»niesen rio arriba cuanto mas pudieran sin riesgo
»de perderse.»

«A las ocho de la noche recibí un pliego del
»general Whitelock anunciándome la necesidad que
»tenia de verse conmigo para discurrir sobre el
»partido que podria sacarse mas favorable, vistos
»los trabajos incomparables que habian sufrido sus
»valientes y denodadas tropas, *añadiendo que esta-*
»*ba cierto de que la América del Sud nunca podria*
»*ser inglesa, que el rencor que nos profesaban todas*
»*las clases de habitantes era increíble, y que á con-*
»*secuencia de una carta que habia escrito al gene-*
»*ral Liniers y de su respuesta, se necesitaba que*
»*procediesemos de acuerdo.*

«La mañana del 7, muy temprano, hacia se-
»ñales el *Staunch* para que bajase yo á la playa; en
»los cuarteles generales estaba izada la bandera de
»tregua. Bajé en efecto y hallé al general que me
»aguardaba para mostrarme las proposiciones en
»que consentia Liniers, *añadiendo que despues de*
»*haber conferenciado largamente con los demas ge-*
»*nerales, eran todos de un mismo parecer sobre la*
»*inutilidad de continuar los ataques: que por aque-*
»*llas proposiciones se ofrecia la ventaja de rocobrar*
»*todos los prisioneros que habian sido hechos en la*
»*América del Sud en una y otra campaña; que la*
»*destruccion de la ciudad no nos era útil, y que no*
»*veia esperanza de que pudiesemos establecernos en*
»*un pais donde no habia ni una sola persona afecta*

» *al nombre ingles* ; que los prisioneros hechos por
 » el enemigo estaban en poder de un populacho fu-
 » rioso, y que podria ser muy crítica su situacion si
 » perseverásemos en el ataque; que el número de
 » muertos y heridos no se sabia con exactitud, pero
 » que debia creerse ser muy grande. En tales cir-
 » cunstancias, y *en la firme persuasion de que los*
 » *habitantes de este pais aborrecen la dominacion*
 » *inglesa*, he firmado los preliminares con la con-
 » fianza de que todo cuanto he hecho merecerá la
 » aprobacion de sus señorías, » etc. — A bordo de la
Nereida, delante de Buenos-Aires, á 8 de julio
 de 1807. »

El tratado definitivo fué á la letra como sigue:

« Artículo I. Habrá desde ahora cesacion de hos-
 » tilidades en ambas bandas del rio de la Plata.

« II. Las tropas de S. M. británica conservarán
 » durante el tiempo de dos meses, contados desde
 » esta fecha, la fortaleza y plaza de Montevideo; y
 » como pais neutral se considerará una línea desde
 » San Carlos al O. hasta Pando al E., y no se harán
 » hostilidades en parte alguna de esta línea; enten-
 » diendo por esta neutralidad que los individuos de
 » ambas naciones puedan vivir libremente bajo sus
 » respectivas leyes, siendo juzgados los españoles por
 » las suyas, y los ingleses por las de Inglaterra.

« III. Habrá de ambas partes restitucion recí-
 » proca de prisioneros, incluyéndose no solamente
 » los que se han tomado despues de la llegada de las

IV.

» tropas del mando del teniente general Whitelock,
» sino tambien todos los súbditos de S. M. británica
» tomados en la América del Sud desde el principio
» de la guerra.

» IV. Para el mas pronto despacho de los bu-
» ques y tropas de S. M. británica, no se pondrá in-
» pedimento en los abastos de víveres que se pidan
» para Montevideo.

» V. Se concede el término de diez dias, conta-
» dos desde esta fecha, para el reembarco total de
» las tropas de S. M. británica, á fin de que pasen á
» la banda del norte del rio de la Plata, llevando
» sus armas las que en la actualidad las tuvieren,
» con la artillería, municiones y equipages, hacién-
» dose el reembarco en los puntos mas convenientes
» que se acuerden y señalen, durante cuyo tiempo
» podrán vendérsele los viveres que necesiten.

» VI. Cuando se entregue la plaza y fortaleza
» de Montevideo al fin de los dos meses prefijados
» en el artículo segundo, habrá de verificarse la
» entrega de una manera completa en el mismo es-
» tado en que se hallaba, y con la misma artillería,
» armas y pertrechos que tenia cuando fué hecha
» su conquista.

» VII. Se entregarán mutuamente de una parte
» á otra tres oficiales de graduacion hasta el entero
» cumplimiento de estos artículos, debiéndose en-
» tender acerca de ellos que los oficiales de S. M.
» británica que estaban prisioneros bajo su palabra,

» no podrán servir contra la América meridional
» sino despues de su llegada á Europa.

« Fecho por duplicado en la fortaleza de Buenos-Aires, á 7 de julio de 1807. — J. Whitelock, teniente general comandante. — J. Murray, almirante comandante. — Santiago Liniers. — César Salviati. — Bernardo de Velasco. »

De las relaciones inglesas que he insertado es fácil deducir la resistencia y el estrago que encontró el enemigo en todos sus ataques. Diez horas duró el fuego sin que el general Whitelock consiguiera llegar al centro de batalla que le presentaban nuestras tropas. Las ventajas que en un principio habia logrado contra el uno de los flancos sacrificando mucha gente, se volvieron en daño suyo, porque, seguidos los combates, los que ocupaban el *Retiro* se habrian visto rodeados sin que ninguno de ellos escapase. Los que lograron penetrar hasta la *Residencia*, no lo verificaron sino huyendo del terrible fuego que los abrasaba, á la desesperada mas que por tomar un puesto de importancia, lo que hicieron fué buscar y ganar un asilo momentáneo donde habrian tenido que entregarse en breve tiempo. Los ingleses, guardadas sus espaldas por una grande flota y protegidos desde el rio hasta el pie mismo de la fortaleza, ciertamente no habrian cedido de la manera humilde y vergonzosa que cedieron, á haberles quedado el menor viso de esperanza de poder salvarse y reponerse. Salváronse tan solo firmando su

ignominia y su expulsion completa de todo el vi-
reinato. «Asi ha terminado (decia el *Daily adver-*
» *tiser* de 14 de setiembre, refiriendo los avisos ofi-
» ciales sobre aquella grave ruina) asi ha terminado
» una expedicion que sir Home Popham habia em-
» prendido sin estar autorizado competentemente
» cuando puso mano en ella. El último ministerio se
» esforzó en vano para reparar el yerro de aquel ofi-
» cial de la antigua administracion.... Es harto claro
» que una poblacion como la de Buenos-Aires, una
» poblacion animada por sus primeros sucesos y por
» un ódio nacional, ha podido resistir á un golpe de
» mano. Cada casa, segun las expresiones de la Ga-
» ceta, era un castillo, y cada calle un atrinche-
» miento. Un pueblo decidido de esta suerte es in-
» vencible. Los españoles estaban tan animosos, que
» cada ciudadano era un soldado, y cada soldado un
» héroe. Buenos-Aires se perdió para siempre, y no
» es esto solo, sino que la América española es inex-
» pugnable para lo sucesivo. El ejemplo dará valor
» en todas partes, y el orgullo español y el odio al
» nombre inglés nos cerrarán todas las costas de
» aquel rico continente.»

Liniers habria querido y pudo hacer mas fuerte
la leccion que fué dada al enemigo, pero dejó de
obrar asi, hallándose empeñada en la defensa la ciu-
dad entera. «La pérdida, decia en su parte, de un
» solo ciudadano honrado, vasallo fiel y padre de
» familia, no podia compensarse con la gloria de

» destruir las reliquias del ejército enemigo. Y aun
» destruido enteramente (añadia luego), me hubie-
» ra visto embarazado para conservar tantos prisio-
» neros contra el imponderable enojo de los pue-
» blos hácia ellos; ademas se habria tenido que
» atender á las pesadas cargas de su manutencion,
» en unas circunstancias en que era necesario sobre
» todas cosas atender á las familias que habian sacri-
» ficado sus haberes, y á sus casas que habian sufri-
» do grandes deterioros. Estas consideraciones, jun-
» tas á la necesidad en que despues me habria halla-
» do de marchar sobre Montevideo y formalizar un
» sitio en toda regla contra aquella plaza donde se
» habian reunido tres escuadras, me hicieron prefe-
» rir el tratado que se ha hecho y por el cual debe-
» mos recobrarla sin mas gastos ni efusion de sangre,
» quedando al propio tiempo libres de enemigos,
» que tan bien escarmentados como han sido, no
» creo nos hagan mas visitas.»

Despues pasando á los elogios tan justamente merecidos por las tropas y el heróico vecindario, seguia de esta manera: «No cabe en expresion alguna el valor y entusiasmo sin igual de todos los cuerpos del ejército. Todos se han distinguido de igual modo; oficiales y soldados solicitaban vivamente los lugares donde estaba el mayor riesgo; lo que era mas de ver y de admirar era la disciplina de los cuerpos voluntarios en nada inferior á los reglados. De tantos y tan grandes

» merecimientos contraidos, haré formar, cuanto
» sea dable, la relacion circunstanciada, junta con
» otra respectiva á las hazañas y al denuedo de estos
» habitantes, para que S. M. pueda disponer con la
» munificencia que acostumbra las gracias que ten-
» ga por convenientes á un pueblo generoso, *que*
» *abandonando con la mayor constancia, por el tiem-*
» *po de once meses, su industria, su comercio y el*
» *regalo de sus casas, dedicándose exclusivamente á*
» *adiestrarse en las artes de la guerra, ha sabido*
» *dejar bien puesto el honor de la corona, conservan-*
» *do á S. M. con la defensa de esta capital la pose-*
» *sion de estos interesantes dominios, y cerrándoles*
» *la puerta para siempre....* El cuerpo municipal ha
» sido el principal móvil para mantener este glorioso
» entusiasmo, proveyendo de caudales en las urgen-
» cias durante este tiempo, y dando el primer ejem-
» plo de fidelidad y de constancia. Desde el momen-
» to del ataque no desamparó la plaza un solo ins-
» tante, procurando los ábastos, asistiendo á los
» heridos y poniendo en cobro los prisioneros, sin
» esquivar ningun peligro.» Concluye en fin reco-
» mendando la asistencia constante que le habian
» dado, tanto para poner la plaza en un estado inex-
» pugnabile de defensa, como para hacerla con las
» luces, el acierto, la extension y el heroismo con
» que fué ejecutada, los coroneles Balviani, Velasco
» y Elío, juntamente con el capitan Gutierrez Con-
» cha ya nombrado mas arriba. Aquella paz se feste-

jó luego con un brillante convite á que asistieron los generales ingleses con todos los cuerpos y principales habitantes de la ciudad. El general Whitelock, agradecido á la generosidad que Liniers habia usado con la multitud de heridos de su ejército tratados con el mismo esmero que los nuestros, le hizo el regalo de una rica espada, adelantándose á ofrecérsela como un testimonio de la gratitud de su gobierno otro tanto que de la suya, «cierto y »seguro, le dijo, de que aquella demostracion seria »aprobada y la haria suya S. M. británica.» Liniers correspondió con cuatro cajas de preciosidades de historia natural para el Museo de Londres, y con una hermosa perspectiva de la ciudad de Buenos-Aires no tomada (1).

(1) Me es bastante sensible no tener la lista que fué enviada por Liniers de la multitud de individuos de todas clases que se distinguieron mas en la defensa de Buenos-Aires; lista en la cual se hallaban no pocas heroínas que pelearon con esfuerzo al lado de sus esposos, y una de estas que mató á un portaguion de dragones ligeros, que fué herida, y volvió ufana á nuestras filas con la insignia, sin cuidarse de su sangre. Nadie quedó sin premio proporcionado á sus necesidades y á su clase. Todos los oficiales recibieron un grado mas de ascenso. Los sargentos subieron á oficiales, y algunos subieron dos grados. Una multitud de voluntarios, cuantos quisieron y lo habian merecido, quedaron con plazas distinguidas en el ejército, ó empleados de algun modo en diferentes destinos de administracion ó de gobierno. Al capitán Liniers se le dió el mando de todo el virreinato con el grado de mariscal de

Me he detenido en referir estos sucesos tan gloriosos, lo primero, porque no sonaron en Europa, ó sonaron muy poco en aquel tiempo, entre el ruido de los combates que se daban y de las ruinas y trastornos que movian en ella la ambicion de Bonaparte y la ambicion de la Inglaterra (1); lo segundo, porque no debe olvidarse que cuanto poseia la España en ambos mundos fué guardado bajo Carlos IV, y que lo guardó el amor no el miedo, que su gobierno fué prudente, circunspecto y comedido cual se necesitaba en aquel tiempo; mas no flaco, no mal quisto, no menospreciado entre sus pueblos. La América le amaba y lo reverenciaba no menos que la España. Su dominio lo tuvo en mas que la libertad tan ponderada con que le hacian señuelo los ingleses. Por un gobierno odiado y cor-

campo. A la ciudad se le concedió el dictado de *muy noble y leal* con el tratamiento de excelencia; al comercio y á la industria del pais, un gran número de gracias y franquicias. No tuvo España en ningun tiempo un rey que premiase con mas larga mano los servicios á la pátria.

(1) Al mismo tiempo de nuestro gran triunfo en Buenos-Aires, con muy poca diferencia, triunfaba Bonaparte en Friedland de las armas rusas y prusianas. Dos meses despues fué el horrible y escandaloso ataque de Copenhague por los ingleses. Un abismo se habria entonces en la Europa aturdida y asombrada por donde quiera que Napoleon ó la Inglaterra echaban sus miradas. Nuestras provincias de la Plata fueron mas felices que la Dinamarca.